

Cuando los ingleses se hubieron marchado, Richelieu resolvió poner sitio á la Rochela, cerrándola por el lado de tierra con una línea de atrincheramientos unida de trecho en trecho á varios fuertes, é ideando, para cerrarle el camino del mar y las comunicaciones con Inglaterra, la construcción de un dique al través de la rada que precede al puerto. El arquitecto del rey, Clemente Metezeau, y un maestro albañil de París, Thiriot, presentaron un proyecto (fines de noviembre), y en seguida comenzaron las obras.

Al mismo tiempo se organizaba una flota en el Blavet (hoy Lorient) y en el golfo de Morbihán; pero el duque de Guisa, que había sido nombrado comandante en jefe de la misma (27 de abril de 1627), sólo contaba, en 1628, con 12 grandes buques, es decir, con una simple vanguardia; por esto Richelieu confiaba, para el caso de que los ingleses volvieran, con los socorros de España. Olivares le ofrecía soldados y una flota, pero el Cardenal únicamente aceptó esta última; el gobierno español envió (noviembre) á Morbihán 40 barcos tan desprovistos de víveres que Richelieu hubo de anticipar los fondos necesarios para la manutención de las tripulaciones. Don Federico de Toledo, á los pocos días de haber llegado á la isla de Re, pidió licencia (24 de enero), pretextando que el viento era entonces favorable para el regreso; tal vez temía esperar con buques que «no estaban en condiciones de producir gran efecto» el ataque de la flota inglesa; ó tal vez la apertura de la sucesión de Mantua y las competencias que promovía habían desviado hacia Italia la atención de la corte de Madrid.

En el entretanto, avanzaban las obras del dique, en cuyo centro se había dejado un boquete por donde pasaba el mar en su flujo y reflujo; sobresalía del nivel del agua en las más altas mareas, estaba guarnecido con hombres y cañones, y en su cara exterior, la que miraba á alta mar, estaba reforzado con estacadas y con barcos sumergidos y protegido contra un ataque por 26 buques de guerra apostados á la entrada de la rada.

El ejército de tierra se componía de 25.000 hombres bien pagados y bien alimentados; el rey hacía distribuir vestidos entre los soldados, les pagaba cada ocho días por medio de sus comisarios y no como costumbre, por los capitanes que se retenían siempre una parte del dinero; y los aldeanos y comerciantes, seguros de vender á buen precio, hacían que en el campamento reinara la abundancia. Luis XIII, cansado de aquel bloqueo interminable, partió en 4 de febrero de 1628 para París, dejando á Richelieu, nombrado lugarteniente general, el mando supremo de los ejércitos reunidos en el Poitou, el Aunis, la Saintonge y el Angoumois, con el duque de Angulema y los mariscales de Bassompierre y de Schomberg á sus órdenes (28 de febrero de 1628). El lugarteniente general se dedicó á establecer la disciplina entre los soldados del campamento «que á toda hora del día y de la noche van á las tabernas,» y «cuando se han excitado con el vino, en vez de retirarse á sus tiendas, corren y rondan por los barrios,» y al efecto ordenó que á las nueve de la noche se disparase un cañonazo «que servirá de retreta á todos.» A la cruzada habían acudido gran número de frailes, especialmente recoletos, que predicaban, confesaban y

cuidaban á los sitiadores; pero ni sus sermones ni las ordenanzas de Richelieu eran capaces de transformar á los soldados «en religiosos que empuñaran las armas.»

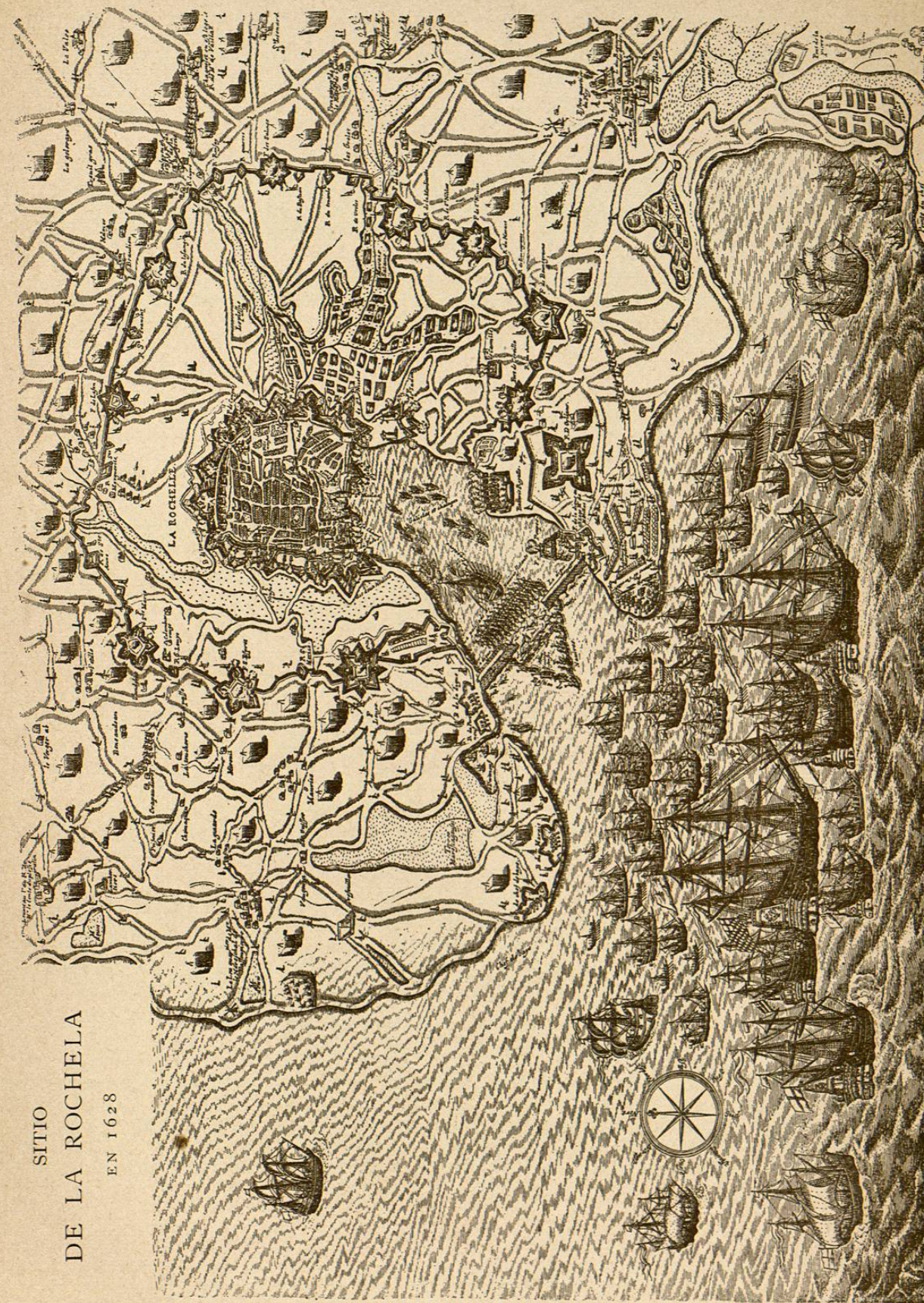
Los rochelenses habían enviado á pedir auxilio á Carlos I; á fines de abril salió de Plymouth lord Denbigh con setenta buques mal equipados, llegando á la Rochela en 11 de mayo de 1628; pero después de ocho días de escaramuzas se retiró ofreciendo volver con fuerzas más considerables.

Los sitiados hicieron salir de la plaza las bocas inútiles. «Los hombres y las mujeres, dice un relato contemporáneo, acudían en grupos de centenares cerca de las líneas de comunicación, implorando misericordia y pidiendo libertad ó pan; pero toda la cortesía que merecían de los soldados era que estos desnudaban á los hombres dejándolos en cueros como las manos y á las mujeres en camisa, y en este estado los hacían volver á la ciudad á latigazos, á golpes de horquillas y de astas de alabarda y á veces á tiros de mosquete.» Aquellos desgraciados perecieron entre el campamento y las murallas. En el interior de la ciudad, el hambre hacía estragos, á pesar de lo cual el alcalde, Juan Guitón, declaró en la Asamblea municipal que apuñalearía á quienquiera que hablase de rendirse.

Buckingham, apremiado por Soubisse y por los diputados de la Rochela, había resuelto hacer un nuevo esfuerzo para salvar la capital del protestantismo francés, cuando fué asesinado en Portsmouth, en el momento de embarcarse, por John Felton, oficial exasperado por la miseria y por alguna injusticia del duque. El mando de la flota fué confiado al conde de Lindsey, que ancló delante de Saint-Martin-de-Re, el 18 de septiembre. Las defensas del abra eran entonces más fuertes que en mayo y los soldados hallábanse excitados por la presencia del rey que había regresado al campamento. Los brulotes lanzados contra los buques franceses fueron desviados ó echados á pique. Entonces Walter Montague, que, detenido en Lorena por orden de Richelieu y luego puesto nuevamente en libertad, había vuelto con la flota, fué á encontrar al cardenal y le ofreció la mediación de Inglaterra. Pero los rochelenses habían agotado todas sus fuerzas, y habiendo sus diputados suplicado al rey que les perdonara su desobediencia y su acuerdo con los extranjeros «que han empuñado las armas contra este Estado,» obtuvieron el perdón de su falta «con seguridad para toda su vida,» y «el ejercicio libre de su religión supuesta reformada en la Rochela.» Esta capitulación memorable se firmó en 28 de octubre.

Al día siguiente (29) el cardenal hizo su entrada en la Rochela, y habiendo salido á recibirle el alcalde acompañado de seis arqueros, le ordenó que despidiera la escolta y le prohibió que se titulara alcalde «bajo pena de la vida.» Richelieu fué á decir misa en la antigua iglesia de Santa Margarita y dió la comunión á Marillac, el guardasellos, y á Schomberg.

La ciudad estaba llena de cadáveres: de los soldados de la guarnición sólo quedaban con vida 64 franceses y 90 ingleses; 15.000 personas habían perecido. El rey hizo su entrada á caballo y armado, en 1.º de noviembre, y á su paso el pueblo «gritaba con voz débil: ¡Viva el rey!» El día 3 «celebróse una procesión general en la que se llevó el Santo Sacramento de la Eucaristía y



SITIO
DE LA ROCHELA
EN 1628

á la cual asistieron el rey en persona, el señor cardenal y mucha nobleza.»

La toma de la Rochela causó tanta satisfacción en Roma como en Francia. Urbano VIII, en el breve de felicitación que dirigió á Luis XIII, celebró aquella victoria «cuyos trofeos se han elevado al cielo y cuya gloria jamás pasarán en silencio los venideros siglos.» «Que el pecador lo vea y sienta despecho y que la sinagoga de Satanás muera de disgusto. El rey cristianísimo combate por la religión; el rey de los ejércitos combate por el rey» cristianísimo.

Luis XIII organizó el orden y la policía de la ciudad conquistada (noviembre de 1628); el consejo, la corporación y la comunidad municipal fueron abolidos; la campana que servía para convocar las asambleas, descolgada y fundida; abolidos también todos los derechos, privilegios, franquicias y exenciones atribuidos á dicha ciudad, corporación y comunidad; las murallas, exceptuando las que daban al mar y las torres de San Nicolás, de la Cadena y de la Linterna, habían de ser arrasadas «al ras del suelo, los cimientos arrancados, los fosos colmados, de manera que por todas partes la entrada en dicha ciudad sea libre y fácil, y que el arado pueda pasar por allí como por las tierras de labor.»

Las iglesias habían de ser restituídas al culto católico y los bienes eclesiásticos devueltos al Clero; se crearía un obispado en la Rochela, y se establecería un intendente de justicia «en dicha ciudad, territorio y gobierno y en los territorios de Poitou y de Saintonge, desde el río Loyra hasta los Garona y Gironda.»

IV.—La sucesión de Mantua

Durante el sitio de la Rochela, había fallecido el duque de Mantua, Vicente II de Gonzaga (26 de diciembre de 1627), designando como sucesor á Carlos de Gonzaga, duque de Nevers, jefe de una rama menor de su familia establecida en Francia. La herencia se componía del Mantuano y del Montferrato, feudos imperiales, de los cuales tomó posesión el duque de Nevers, enviando á un representante que prestara homenaje al emperador; pero había, además, otros pretendientes, á saber: el duque de Guastalla, la duquesa viuda de Lorena, Margarita de Gonzaga, y finalmente el duque de Saboya, Carlos Manuel, que reclamaba el Montferrato, feudo femenino, en nombre de su nieta Margarita, hija del hermano mayor y predecesor de Vicente, Francisco II.

España se entendió con la Saboya para el reparto del Montferrato (enero de 1628), y obtuvo el apoyo del emperador, que en un principio vacilaba, recordándole el acuerdo de 1617 por el cual se había comprometido á ceder á Felipe III todos los feudos que vacasen á cambio de sus pretensiones sobre Bohemia, Hungría y los dominios austriacos. Carlos Manuel se apoderó de los territorios situados en la orilla izquierda del Po y entre este río y el Stura, y Gonzalo de Córdoba, gobernador de Milán, puso sitio á Casale.

Francia no podía, so pena de perder toda influencia en Italia, abandonar á un príncipe italiano que había nacido súbdito de Luis XIII, y dejar á los españoles y á los imperiales las dos plazas más fuertes de la Italia

del Norte, Casale y Mantua. Mientras la Rochela se resistió, Richelieu limitóse á negociar; mas en cuanto se vió libre, consideró más urgente salvar Casale que ir contra Rohán y completar la derrota del partido hugonote.

El ejército de la Rochela se dirigió hacia los Alpes, y el rey hizo pedir al duque de Saboya que le dejara pasar, ofreciéndole, á cambio de sus pretensiones sobre el Montferrato, la ciudad de Trino, en plena soberanía, con 12.000 escudos de renta; pero Carlos Manuel quería, además, que Luis XIII rompiera abiertamente con España, que le ordenase á él atacar Génova y que le permitiera atacar Ginebra. Luis XIII, que había pasado en 1.º de marzo (1629) el monte Genevre, se resolvió, ante una nueva negativa del duque, á forzar el paso de Susa, y el lunes 5 de marzo, á las diez de la noche, partió de Oulx «andando casi siempre á pie, tanto á causa de la obscuridad como á causa de la abundancia de nieve, hasta las tres de la madrugada en que llegó» al paso. Era éste una áspera y estrecha garganta entre altas montañas, cerrada de cien en cien pasos con pequeñas paredes de piedras secas y con barricadas. El rey y el cardenal, con los suizos y los guardias, dieron el asalto (6 de marzo de 1629) y á su furiosa embestida cedieron todos los obstáculos, habiendo estado á punto de caer prisioneros Carlos Manuel y su hijo, el príncipe del Piamonte. El duque, «poniéndose en razón,» permitió el paso; prometió hacer entrar en Casale, antes del 15 de marzo, mil cargas de trigo y quinientas de vino, y se obligó, para el caso de que Gonzalo de Córdoba no levantara el sitio, á unirse á los franceses para combatirle. El 18 de marzo se retiraron los sitiadores.

V.—La paz de gracia

Mientras el cardenal se quedaba en Susa para vigilar la ejecución del tratado, Luis XIII, con una parte del ejército, se encaminó hacia los Cevenas (abril). Los protestantes habían sido poco á poco arrastrados á la lucha, y el príncipe de Condé, á quien Richelieu enviara contra ellos (1.º de octubre de 1627), había descendido por el valle del Ródano y asolado el Alto Vivarais. En 1628 pasó al Alto Languedoc, en donde reprodujo sus devastaciones: en Pamiers, que tomó por asalto, ahorcó, mató ó envió á las galeras á la mayoría de sus habitantes; y Realmont, que su gobernador le entregó, fué saqueada (18 de abril). Los habitantes de Castres, al ver á las mujeres desnudas y desgreñadas y á los hombres que habían escapado de la matanza, se declararon en favor de Rohán; Montaubán hizo lo propio, y las grandes ciudades hugonotes rechazaron la dirección pacífica de la alta burguesía. Condé fracasó delante de Saint-Affrique (5 y 6 de junio de 1628). La guerra se eternizaba y tomaba un carácter feroz.

Rohán se había quedado en los Cevenas, adonde le obligara á acudir la presencia de Condé, y si bien no había podido apoderarse de Montpellier (19 de enero), en cambio había tomado y fortificado Le Pougin, en el Ródano, y realizado desde allí algunas incursiones en el Delfinado para aprovisionarse y ponerse en contacto con el duque de Saboya.

La caída de la Rochela causó asombro en los protestantes, muchos de los cuales decían que puesto que habían tomado las armas para salvar la ciudad, no les quedaba más remedio que deponerlas. Los burgueses y los mercaderes estaban cansados. El rey, antes de partir para Italia, había de nuevo exhortado á sus súbditos, por medio de letras patentes (15 de diciembre de 1628), á que volvieran á la obediencia, ordenando á los protestantes alzados en armas que en el término de quince días hiciesen registrar su sumisión ante los Tribunales de parlamentos ó ante las residencias presidiales, y á los habitantes de las ciudades que le enviaran diputados para recibir su «gracia y voluntad.» De esta manera se fomentaban las capitulaciones particulares y la desorganización del partido.

Rohán contaba con las complicaciones italianas y solicitaba en todas partes alianzas y socorros. La asamblea general de Nimes se dirigía al rey de Inglaterra, á quien Rohán recordaba al propio tiempo que aquellos pueblos que entonces suspiraban por su ayuda, habían, en 1625, depuesto las armas, «porque supieron que tal era vuestro deseo» y las habían vuelto á tomar «al enterarse de que Vuestra Majestad les obligaba á ello con sus consejos y sus promesas.» «Con esta sola seguridad han despreciado todos los peligros, vencido todos los obstáculos y prodigado todos sus bienes y están aún dispuestos á derramar hasta la última gota de su sangre... (12 de marzo).» Pero los ingleses, á quienes estas cuestiones de honor y de sentimiento conmovían menos que los asuntos del Palatinado, á fin de tener libertad de acción en Alemania, firmaron con Richelieu en Susa, en 24 de abril, un tratado en el que no se hacía mención alguna de aquellos reformados á quienes Inglaterra había hecho rebelarse.

Richelieu, por su parte, renunciaba al patronato de los católicos ingleses, quedando tácitamente admitido el principio de que cada soberano trataría á sus súbditos como quisiera. Enriqueta, cuyas relaciones con Carlos I eran entonces sumamente cariñosas, había escrito á Luis XIII diciéndole que estaba muy contenta de su servidumbre actual y que, por consiguiente, le dispensaba de insistir en el tratado sobre las cláusulas del contrato matrimonial.

Rohán, desesperado, puso sus miras en España y envió á Madrid á su agente Clausef, ofreciendo á Su Majestad católica, mediante un subsidio anual de seiscientos mil ducados de oro, la mitad del cual le sería satisfecho por anticipado, «sostener ordinariamente doce mil hombres de á pie y mil doscientos de á caballo» y «favorecer con todas sus fuerzas los planes de Su Majestad en cualquier tiempo.» Además se obligaba á respetar á los eclesiásticos, á mantenerles en posesión de sus bienes y beneficios y, en el caso de que él y los de su partido llegasen algún día á ser bastantes fuertes «para acantonarse y formar un Estado aparte,» á permitir á los católicos el libre ejercicio del culto, á dejarles sus bienes, honores y dignidades y á concederles el derecho de desempeñar todos los cargos municipales y otros.

Era la primera vez que los hugonotes y los españoles pactaban una alianza formal. Rohán se disculpa con una sola palabra, la necesidad; y Felipe IV con largos razonamientos sobre «las grandes pérdidas y perjuicios

que sus Estados han recibido y diariamente reciben, á causa del favor y de la ayuda que los reyes de Francia han prestado, de muchos años á esta parte, y siguen prestando á los súbditos de Su Majestad en Holanda.» Felipe IV, con aprobación de su Consejo de conciencia, aceptaba los ofrecimientos del duque de Rohán y prometía pagarle anualmente trescientos mil ducados de once reales de Castilla cada uno (3 de mayo de 1629) (1).

El socorro habría llegado demasiado tarde. Luis XIII había sitiado, tomado y quemado Privás, la ciudadela del protestantismo en el Vivarais (14-27 de mayo) y prohibido á sus antiguos habitantes volver nunca más á ella; y el 9 de junio estaba delante de Alais, que capituló. La situación de los protestantes era desesperada. El mariscal de Estrées asolaba la campiña de Nimes hasta un tiro de cañón de la ciudad; el duque de Eperón devastaba los alrededores de Montaubán; el duque de Ventadour, los de Castres; y Noailles, gobernador de Rouergue, los de Millau. En tales condiciones, Rohán sólo pensó en impedir las paces particulares y en negociar en nombre de todo el partido. A la primera petición que formuló en este sentido, Richelieu contestó que el rey quería tratar con cada una de las ciudades y que Rohán estaba interesado en dar el ejemplo de sumisión. Rohán quiso amedrentarle con la desesperación de los hugonotes. En Italia, «la levadura» de Mantua «comenzaba á formar nueva pasta,» y en Francia, Gastón de Orleáns se agitaba de nuevo. El cardenal autorizó la reunión de una asamblea general en Anduze; pero fué para imponer sus condiciones, y se negó á tratar de potencia á potencia, pues el rey quería dar la paz á sus súbditos por abolición y por gracia, no en forma de tratado como en otros tiempos: «En otros tiempos se les dejaban ciudades de seguridad; en la ocasión presente, el rey les condenó á arrasar, sin excepción alguna, todas las fortificaciones de las que se habían declarado en rebeldía... En otros tiempos, los jefes de las rebeliones recibían destinos y recompensas; en la ocasión presente, el duque de Rohán no sólo abandonó el Langüedoc, sino que, además, salió del reino...» y únicamente le devolvieron su patrimonio y le dieron cien mil escudos de oro, «lo que no era ni la mitad de las ruinas de los edificios de sus casas y del arrasamiento de sus bosques (2).» La rebelión quedaba perdonada y el Edicto de Nantes restablecido.

Esta paz de Allais (28 de junio de 1629) más bien debía denominarse la paz de gracia. Como Nimes opusiera dificultades á su aceptación, Luis XIII fué allí, siendo recibido por el pueblo á los gritos de «¡Viva el rey y viva el cardenal!» Montaubán hablaba de oponer resistencia; Richelieu dejó que Luis XIII partiera para París y fué en persona á calmar aquella agitación, y habiendo los diputados de la ciudad salido á recibirle y pedídoles que les permitiese conservar sus murallas, supo convencerlos de que no debían buscar más seguridad que en la benevolencia del rey. Los diputados te-

(1) El portador del tratado, un zelandés llamado Bernardo Pelz, fué detenido en Lunel, juzgado por el parlamento de Tolosa y ejecutado (12 de junio de 1629).

(2) *Mémoires de Richelieu*, Mich. y Pouj., 2.ª serie, VIII, página 24.

mían que el parlamento de Tolosa quisiera modificar el Edicto de abolición en desventaja de ellos; pero Richelieu «escribió con tan buena tinta» al primer presidente, que la comprobación no tardó veinticuatro horas. Como el rey en Nimes, quiso Richelieu mostrarse en Montaubán como el más fuerte; así escribía á Luis XIII: «Parecía que la rebelión continua de esta plaza, que es compañera de La Rochela y cabeza de la rebelión de la parte de acá, requería que se la viera sometida á su poder (del rey), tanto por la gloria de Vuestra Majestad como para el sosiego de estas provincias.» El cardenal mandó ocupar la ciudad por seis compañías de los guardias, diez de Picardía y seis del Piamonte, y entró en ella con una escolta de seiscientos hidalgos.

Richelieu apresuró el desmantelamiento de las plazas, así es que cuando salió del Langüedoc el 24 de agosto, de treinta y ocho, veinte estaban completamente arrasadas y «las restantes, en situación de estarlo el 20 de septiembre;» pero por otra parte cumplió al pie de la letra el Edicto de abolición, negándose á poner soldados en los baluartes de Castres y de Nimes, cuya demolición se había emprendido á causa de la peste, y prefiriendo dejar provisionalmente las murallas en pie á hacer al rey odioso al pueblo por la sospecha de que subsistiera alguna ciudadela.

En Montaubán y en otras ciudades el cardenal acogió con gran afabilidad á los ministros, si bien haciéndoles observar que no tenían derecho á presentarse en corporación y diciéndoles que «prescindía de buen grado de esta austeridad para demostrarles el exceso de su afecto.» Además les prometió dar cuenta al rey de su arrepentimiento y de la pasión que mostraban para servirle.»

«Ahora que habían vuelto á la regla común de todos los súbditos cuya seguridad no dependía ni podía depender más que de la benevolencia y de la fe del príncipe, Su Majestad tendría especial cuidado en hacerles ver, con ventaja para ellos, que en calidad de súbditos no establecía distinción entre ellos y los católicos; y que en cuanto á él particularmente, se consideraría muy dichoso en servirles en todas ocasiones y en demostrarles con hechos que si deseaba ardientemente su salvación, como á ello le obligaban la caridad y su interés, también deseaba su conservación temporal.»

Richelieu consideraba la unidad de fe como el término ideal de la acción religiosa y política; restablecía el culto católico en todos los lugares en donde los protestantes lo habían abolido; restituía los hospitales á los religiosos; hacía restaurar á sus expensas en Montpellier la iglesia de San Pedro y fundaba en aquella ciudad un colegio de Jesuitas; instalaba en todas las ciudades hugonotes, conventos de hombres y de mujeres; creaba en todas partes misiones, y aprobaba que el rey solicitara las conversiones mediante donativos, pensiones y favores, y reservara á los católicos los más altos cargos del Estado; pero era enemigo del empleo de la fuerza, estando, como estaba, convencido de que las enfermedades del espíritu se agrían con la violencia. En cambio, los devotos eran partidarios de los remedios violentos; así Marillac, guardasellos, quería hacer á los reformados una guerra de procurador y proponía, por ejemplo, que se despojara á los detentadores de bienes eclesiásticos en los cuatro baillíos del Delfinado y que

se prohibiera á los ministros ir á predicar «en otras aldeas y en otros lugares que en aquellos en los cuales el edicto les permitía hacerlo.» El cardenal contestaba á esto que todas estas cosas parecían muy buenas, pero que no sabía si eran oportunas en el Langüedoc y en el Delfinado: «Temo, escribía, que estas nuevas ordenanzas, cuya intención es perfectamente laudable, no robustezcan la paz «que ahora existe y conmueve los espíritus.» Los fanáticos, como Marillac y Berulle, reprochaban al cardenal ministro esta prudencia y esta moderación.

CAPITULO IV

LA MADRE Y EL HERMANO DEL REY (1)

I. María de Médicis y Richelieu. — II. Nueva campaña de Italia. — III. Conflicto entre la reina madre y el ministro. — IV. Las fugas del presunto heredero al extranjero.

I.—María de Médicis y Richelieu

Durante el sitio de La Rochela, habíase operado un gran cambio en el espíritu de la reina madre. Sus favoritas, la princesa de Conti y la duquesa de Elboeuf, habían abrazado el partido del duque de Guisa, su hermano y primo respectivamente á quien Richelieu, nombrado gran maestre y superintendente, de la navegación, disputaba las prerrogativas de almirante de Provenza, é hicieron observar á María de Médicis que su dama del tocado, la señora de Combalet, sobrina de Richelieu, descuidaba su servicio y vivía en íntimas relaciones con la princesa de Condé. La reina madre, deseosa de tener al rey á su lado, se irritó también de que el ministro lo llamara al campamento de la Rochela, y quiso luego impedir que su hijo fuera á socorrer Casale.

(1) FUENTES: *Lettres du cardinal de Richelieu*, III, IV y VIII. *Mémoires du cardinal de Richelieu*, Mich. y Pouj., 2.ª serie, VII y VIII. Aubery, *Mémoires pour servir à l'histoire du cardinal duc de Richelieu*, I, 1660. *Mercurius françois*, XV-XX. Escipión Duplex, *Histoire de Louis le Juste, XIII du nom, roy de France et de Navarre*, 1654. Fontenay-Mareuil, *Relation de la rupture du cardinal de Richelieu avec la reine-mère*, «Mémoires,» Mich. y Pouj., 2.ª serie, V. Bassompierre, *Journal de ma vie*, tomo IV, «S. H. F.» *Mémoires de Brienne*, M. y P., 3.ª serie, III. Victor Siri, *Memorie reconditte*, 1679, VII. *Mémoires de Nicolas Goulas, gentilhomme ordinaire de la chambre du duc d'Orleans*, publicadas por vez primera por Carlos Constant, «S. H. F.» I, 1879. *Mémoires de Gaston, duc d'Orleans* (por Algay de Martignac), Mich. y Pouj., 2.ª serie, IX. Mateo de Morgues, señor de Saint-Germain, *Diverses pièces pour la défense de la royne, mère du roy tres chrestien Louis XIII*, 1643. *Pièces curieuses... en suite de celles du sieur de Saint-Germain*, 1644. *Mémoires de Omer Talon, avocat général en la cour de Parlement de Paris*, Mich. y Pouj., 3.ª serie, VI. *Mémoires de Mathieu Molé*, publicadas por Champollion-Figeac, I y II, «S. H. F.»

OBRAS DE CONSULTA: Le Vassor, *Histoire de Louis XIII*, III y IV. El P. Griffet, *Histoire du règne de Louis XIII*, I y II. Saint-Simon, *Parallèle des trois premiers rois Bourbons*, tomo I de los *Ecrits inédits de Saint-Simon*, publicados por P. Fagere, 1880, P. Batiffol, *Au temps de Louis XIII*. Cl. Perroud, *Essai sur la vie et les oeuvres de Mathieu de Morgues, abbé de Saint-Germain*, 1582-1670 (?), «Annales de la Société d'Agriculture... du Puy,» XXVI, 1863, 1865. Henard, *Marie de Médicis dans les Pays-Bas (1631-1638)*, 1876. E. Hatin, *Theophraste Renaudot*, 1883. De Haussenville, *Histoire de la reunion de la Lorraine à la France*, 2.ª ed., 1860, I y II. P. Gachon, *Les Etats de Langüedoc et l'Edit de Béziers (1632)*, 1887. D. Vaissete, *Histoire de Langüedoc*, XI y XII.